

Efímera

Martín Bertone

La sequía creativa ya duraba varios meses: al poeta no le salía un solo verso. Esa mañana, sentado frente a un café con leche y dos medialunas, tomó el diario de cortesía que encontró en la mesa de al lado. Hojeando sus páginas, encontró un aviso clasificado que llamó su atención:

ALQUILER DE MUSAS. RESULTADO GARANTIZADO.

Merendó sin apuro, recordando con cierta tristeza cuando los poemas se le ocurrían en los lugares y momentos menos pensados, en las libretas que había llenado con ellos, en las menciones que había recibido en concursos de poesía. Extrañaba pulir los poemas más recientes mientras esperaba a que le brotaran los siguientes. Sacó del bolsillo interno de su saco una libreta que dormía esperando nuevos versos y copió el número de celular que figuraba en el anuncio.

Camino a su departamento, evaluó la posibilidad de llamar al número. Podía ser una estafa o una broma, quizás una forma ingeniosa de promocionar prostitutas. Él nunca había pagado para estar con una mujer —ni pensaba empezar ese día— pero necesitaba volver a escribir. Dudó bastante antes de marcar, hasta que se dijo que lo peor que podría pasarle sería confirmar que se trataba de una mujer que alquilaba su cuerpo, en cuyo caso colgaría y se olvidaría del asunto. Respiró profundamente y marcó el número. Al primer intento, le contestó una voz de mujer.

—Hola, llamo por el aviso —dijo el poeta, sintiéndose un poco estúpido.

—¿Literatura, música, pintura, escultura, danza, cine? —enumeró la voz, algo grave y aterciopelada.

El poeta estuvo a punto de cortar, pero decidió seguir adelante y respondió:

—Literatura.

—¿Prosa, poesía o teatro?

—Poesía. ¿Cuánto cuesta el servicio?

Lamentó pronunciar esa última palabra, aunque no percibió molestia en la voz, que le dijo el precio. Al poeta le pareció excesivo, aunque no tenía referencias para comparar. Además, con sus ingresos de docente y traductor ocasional, cualquier monto solía parecerle elevado. Sin embargo, algo le dijo que debía intentarlo. Para quedarse tranquilo, preguntó:

—¿Y si no da resultado?

—Siempre da resultado.

El poeta le dio su dirección y la voz le dijo que en media hora iba a estar ahí.

—No te pregunté tu nombre.

—Efímera —dijo ella antes de colgar.

El poeta aprovechó para ordenar un poco su departamento de dos ambientes: abrió las ventanas para ventilarlos, barrió con esmero y guardó los libros que tenía sobre la mesa. El portero eléctrico sonó puntual. El poeta bajó con expectativa adolescente, intentando imaginar a la mujer que esperaba abajo. No lo consiguió. En la vereda, vio a una mujer de estatura media y cabello castaño largo, que le dedicó media sonrisa.

—¿Efímera?

—Sí —respondió la misma voz que la del teléfono.

El poeta la miró un momento: sus ojos eran oscuros y expresivos. Había algo sutil, casi etéreo en su presencia, que sintetizaba a todas las mujeres relevantes de su vida, aunque no le recordaba a ninguna.

—¿Me vas a hacer pasar? —preguntó ella divertida, consciente del efecto que producía.

—Sí, perdón. Pasá, por favor.

El poeta la siguió hasta el ascensor. Su andar era elegante; la estela de su perfume, suave y envolvente. En los pocos segundos que duró el ascenso, ella le hizo una sola pregunta:

—¿Sequía?

—Sí.

Tras mirar el departamento, Efímera mandó un mensaje desde su celular y le cobró. Enseguida, el poeta se sinceró:

—No sé cómo funciona esto.

—Es simple: estoy acá para inspirarte.

—¿Te querés sentar?

—Como vos quieras.

—Quiero que te sientas cómoda.

—No te preocupes, estoy cómoda.

El poeta sintió la urgencia de acariciarla. Efímera adivinó su intención y retrocedió.

—Podés mirarme, hablarme, escucharme, pero no podés tocarme —le dijo mostrándole el celular que aún tenía en la mano.

—Perdón.

Efímera se sentó a la mesa y cruzó las piernas, que su pollera suelta dejaba ver hasta las rodillas.

—¿Tenés algo para tomar?

—Sí: vino tinto, whisky, soda o café.

—Vino. Estamos en busca de la verdad, ¿no?

El poeta sirvió dos copas y se sentó en otra silla, que apartó un poco de la mesa. No podía dejar de mirarla. Efímera alternaba su atención entre las paredes del ambiente y los ojos de ese hombre que la miraba intrigado.

—¿Quién te puso Efímera? —le preguntó de pronto.

—¿En serio querés saber?

—Sí.

—Mi primer poeta.

—Cliente, querrás decir.

—¿No es lo mismo? Además, no fue mi primer cliente. El primero fue un dramaturgo. No te voy a decir cómo me llamaba, sólo que me puso un nombre del montón. Después probé con novelistas y cuentistas, hasta que decidí especializarme en poetas. No estarás celoso, ¿no?

El poeta no podía creer lo que oía. De repente, sintió que algo brotaba en su interior. Se levantó de un salto y trajo la libreta sin estrenar que descansaba en su mesa de luz. Tras mirar unos segundos a Efímera como si intentara adivinar algo que le estaba ocultando, se puso a garabatear unos versos. Poco más tarde, tachó uno, que reemplazó por otro verso de extensión similar. Siguió escribiendo unos minutos más, mientras Efímera bebía de su

copa. En un punto, el poeta se detuvo para leer lo escrito. No pudo disimular un gesto de satisfacción: no sólo habían vuelto a fluir las palabras, sino que estaba contento con el resultado. La presencia distante de esa mujer, que era puro presente, funcionaba como un motor poderoso.

—Se acabó el tiempo —dijo Efímera al cabo de un rato.

—Pero...

—Son las reglas.

Desesperado, el poeta le dijo:

—¿Puedo verte de nuevo?

—Depende de vos.

—Eh... Sí, claro. Te llamo en unos días.

La acompañó hasta la puerta de calle sin decir una palabra. Cuando la vio subir a un taxi, lo alcanzó una tristeza inesperada. Ese día ya no pudo volver a escribir. Tampoco el siguiente. Al tercer día, hizo números: si usaba sus magros ahorros, le alcanzaba para pagar cuatro visitas más. Mitigó la ansiedad hasta el próximo encuentro corrigiendo los poemas que había escrito durante la visita paga.

La segunda vez que la vio, los versos volvieron a manar casi al instante. Efímera bebió una copa de vino mientras hojeaba libros de la biblioteca. Compenetrado en la tarea que justificaba su existencia, el poeta apenas le habló. En un momento, Efímera le preguntó:

—¿Puedo leer lo que escribís?

—No. Son borradores. Todavía no están listos.

—No me importa.

—A mí sí. Son las reglas.

Despedir nuevamente a Efímera fue menos doloroso para el poeta, porque sabía que volvería a verla pronto. Aceptó la sequía con resignación y se puso a pulir el ripio de los poemas nuevos.

En la anteúltima visita, ella le hizo un leve reproche, disfrazado de sonrisa:

—¿Por qué nunca me preguntás nada?

—Porque, aunque estés dispuesta a contarme la verdad, no quiero saber quién sos —respondió el poeta muy serio, y siguió escribiendo.

Cuando ya estaba por terminar la cuarta visita, el poeta levantó la vista de la libreta, que ya estaba casi completa, y dijo:

—No tengo más plata.

—No importa. Ya estás listo.

—¿Cómo sabés?

—Porque lo sé.

—¿Querés leer alguno de los poemas?

—No me hace falta.

Bajaron envueltos en un silencio que incomodó al poeta, que tenía los ojos vidriosos, a punto de desbordar. Antes de parar un taxi, Efímera le dedicó una mirada cariñosa y lo besó en los labios. Fue un beso húmedo, breve, con sabor indeleble.

El poeta pasó los ratos libres de los días siguientes corrigiendo los versos de la última libreta. En el proceso, se le presentaron varias dudas estéticas. Decidió entonces pedir un adelanto en uno de los colegios en los que trabajaba y pagar una última cita con Efímera.

Marcó su número lleno de esperanza. Lo sorprendió escuchar una voz monocorde del otro lado del auricular: *El número solicitado no corresponde a un abonado en servicio.*

Ese día, la llamó varias veces más, con idéntico resultado. Quiso comunicarse al día siguiente, después de clases, pero volvió a responderle la fría grabación. Intentó en el diario que había publicado el aviso; le dijeron que no tenían registro de esa anunciante. Revisó ese diario y otros durante la semana siguiente, esperando dar con una publicidad similar: nada. El poeta vivió esa ausencia como la antesala del vacío. Al séptimo día, se dio por vencido.

Decidió entonces transcribir los abundantes versos de la libreta a un documento de Word. Luego los ordenó y agrupó, porque –ahora lo veía– cada uno tenía su lugar, era parte de algo mayor. Cuando terminó, tenía en sus manos un libro con los mejores poemas que había escrito en su vida. Registró la obra inédita con el único título que creyó posible: *Efímera*. La dejó reposar hasta que se abrió la convocatoria al Premio Nacional de Literatura, unos meses después. Presentó su libro sin dudarlo: la huella del beso de su musa lo iba a acompañar en la espera.